





Harutyun Harutyunyan
Հարություն Հարությունյան

Desnudo dolor

Մերկ ցավ

Poemas



Título: Desnudo dolor. Մերկ ցավ

Primera edición: marzo, 2026

© 2026, del texto Harutyun Harutyunyan. Հարությունն
Հարությունյան.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero CoolBooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley
y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento,
ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático,
el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la
autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 859-2026

ISBN: 979-13-87720-90-2

*Aquel que camina una
sola legua sin amor,
camina amortajado
hacia su propio funeral.*
—Walt Whitman

Նա, ով քայլում է միայնակ մեկ լեզուս,
(հինգ հազար յոթհարյուրերկու,
Մետր) առանց սիրո,
քայլում է սեփական թաղման շղարշով.
—Ուոլթ Ուիթմեն

*Mi hermano brilló
en la penumbra, un momento.
Y ya se ha ido.*
—R. A. Téllez

Քույրս փայլեց
մթության մեջ մի պահ,
ու մի ականթադրո՞ւմ զնաց.
—Ռ. Ա. Տելլես



Índice

Desnudo dolor.....	11
Prólogo	13
Fragmentos de nuestras infancias	19
1 Aún era desconocido	21
2 Desayuno	23
3 El árbol	25
4 No pude hacer nada	26
5 Ya es tarde	28
6 De qué ilusión.....	29
7 Crucificado al dolor.....	30
8 Han vuelto de nuevo.....	31
9 No vas a recordar.....	33
10 En torno a la mesa	35
11 Nos promete.....	37
12 Nuestros sueños.....	38
13 Fuiste	39
Ya tú no estás con nosotros.....	41
14 Un invierno duro	43
15 Es otro momento	44
16 Me estremece el recuerdo.....	46
17 Con el dolor caminando	47
18 No eras pecado	48
19 Tú eras un ángel	50
20 Nos encontraremos ahí	51
21 La luz ya no entra	52

22 Drama familiar	53
23 No olvidaré	54
24 Podías saber, hermana	55
25 Ausente	56
26 Como una taza	57
27 Eras madre	58
28 Sus voces	59
29 Eras un privilegio	60
Sabíamos que iba a ocurrir	61
30 Ya no hay llamadas	63
31 No había esperanza	65
32 Oscureció	66
33 Bella imagen	67
34 Me he equivocado	68
35 Hemos hecho caso	70
36 Te fuiste sin razón	71
37 He vuelto a tu casa	72
38 El cuaderno	74
39 Indiferente	75
40 La noche oscura	77
41 Aquí pasó nuestra infancia	78
El otoño es un funeral	79
42 El otoño es un niño	81
43 Arde el caballo	83
44 Has llegado	84
45 Hermoso otoño	86
46 Ha llegado	88
47 Es profundo	90
48 Es una chica hermosa	91
49 Mírame y entenderás	92
50 Con intimidad	93
51 Metáfora	94
52 Ojos de niño	95
53 La orilla	96

54 Funeral de las hojas	97
Մերկ ցավը	99
ՆԱԽԱԲԱՆ	101
Պատառիկներ մեր մանկությունից	109
1 Դեռ անծանոթ էր.....	111
2 Նախաճաշը.....	113
3 Եղբուսնու թուփը	115
4 Ոչինչ չկարողացա անել.....	116
5 Արդեն ուշ է.....	118
6 Ինչպիսի պատրանք	119
7 Խաչված ցավին	120
8 Վերադարձել են կրկին.....	121
9 Չեք հիշի	123
10 Մեղանի շուրջ.....	125
11 Մեզ խոստանում է.....	127
12 Մեր երագները	128
13 Դու գնացիր.....	130
Արդեն մեզ հետ չես	133
14 Դժվար ձմեռ	135
15 Այլ պահ է.....	136
16 Հուշը ցնցում է ինձ.....	138
17 Քայլում էի ցավի հետ.....	140
18 Մեղք չէիր գործել.....	141
19 Դու հրեշտակ էիր	142
20 Կհանդիպենք այնտեղ.....	143
21 Արդեն լույս չի մտնում.....	144
22 Ընտանեկան ողբ	145
23 Չեմ մոռանա	146
24 Կարող էի՞ր իմանալ, քույր.....	147
25 Բացակա.....	148
26 Ինչպես մի գավաթ.....	149
27 Դու մայր էիր	151
28 Նրանց ձայները	152
29 Դու նախընտրելին էիր.....	153

Գիտեհնք, թե ինչ է լինելու	155
30 Այլևս զանգ չկա.....	157
31 Հույս չկար.....	159
32 Մուլթն ընկավ.....	160
33 Գեղեցիկ պատկեր.....	161
34 Մխավեցի.....	162
35 Մենք լսեցինք.....	164
36 Գնալո՞ղ իմաստ չուներ.....	165
37 Ես վերադարձել եմ քո տունը.....	166
38 Նոթատետրը.....	168
39 Անտարբեր էին.....	169
40 Մութ գիշերը.....	171
41 Այստեղ է անցել մեր մանկությունը.....	172
42 Աշունը մի մանուկ է.....	174
43 Այրվող ձին.....	176
44 Արդեն եկել է.....	177
45 Գեղեցիկ աշուն.....	179
46 Եկել է.....	180
47 Խորն է.....	182
48 Նա մի գեղեցիկ աղջիկ էր.....	183
49 Նայիր ինձ եվ կհասկանաս.....	184
50 Մտերմությամբ.....	185
51 Մետաֆոր.....	186
52 Մանկան աչքեր.....	187
53 Ափը.....	188
54 Տերևների հուղարկավորում.....	189

Desnudo dolor



Prólogo

La poesía del dolor y la ausencia en Harutyun Harutyunyan

La muerte es a la poesía como a la vida. Aunque, como dice el poeta: «nada sé del asunto de la muerte» y nadie sabe su secreto. En esa incertidumbre misteriosa, en esa sabia ignorancia, la muerte es poesía en estado puro. Sin más vestimentas que las imprescindibles, con el valor de la palabra, Harutyun Harutyunyan recorre verso a verso *Denudo dolor*, su último poemario. No hay poeta que no se haya parado a mirar a la muerte a la cara. No hay cantor que no la haya sentido cerca. El duelo es dolor. Y el amor más desgarrado se erige sobre los momentos más difíciles. Y ese es el dolor que se desnuda en estos poemas.

Harutyun es ese hombre poeta que se levanta sobre la difícil superficie terrenal del duelo. Hay un dolor intenso por la muerte de su hermana, un quejido que cruza toda su poesía, una gran grieta por la que sale la luz que lleva dentro. Todos los hombres somos luz, polvo de estrellas. La luz es la única materia real, la luz es la esencia de la materia, todo lo demás es superfluo, todo lo demás es sueño, oportunidad, recreación puntual. Si hay algo más allá de todos nosotros, si queda algo más tras la muerte, eso es luz y solo luz, como dijera el maestro Antonio Machado. Si en este mundo nuestro algo es real lo son la luz y la muerte.

Desnudo dolor es una gran elegía circular que insiste en la ausencia y que se abre con unos versos de Walt Whitman, aquel poeta que puso en orden la lírica norteamericana mientras sus congéneres se afanaban en buscar oro. Él encontró el oro verdadero, el metal precioso que es capaz de brillar como solo lo hacen las estrellas, ese que puede convertirse en manantial para que todos seamos sus herederos y podamos seguir gozando con sus versos como caminantes eternos.

Harutyun es uno de esos caminantes. Quien tuvo que abandonar su patria no duda en ser un viajero siempre. Algo así me dijo alguna vez mientras hablábamos de la búsqueda del amor. Pero sus versos no son solo una elegía por la muerte de su hermana, a la que tanto hubo de querer y con la que tanto tuvo que vivir allá en Armenia. Hay en estos poemas una contestación ante la muerte misma, que se repite en su familia como un «drama familiar» y que el poeta no alcanza a comprender mientras se sienta consigo mismo, callado y solo, preguntándose sobre el sentido de la vida, sobre la reincidencia del dolor.

Su poesía es una manera de entregarle a su hermana —sobre todo— su silencio y su duelo, y con ellos reanudar muchos de los caminos y de los instantes que se quedaron para siempre en aquellos rincones que ya se quedaron en su memoria. Son una forma de mirar a la cara a un Dios del que no espera demasiado y del que ya sabe que miró para otro lado mientras todo fue pasando, cuando el amor se convirtió en muerte, cuando «el silencio amargo era una piedra muda».

Es *Desnudo dolor* un canto no solo a la muerte de su hermana, cuyo nombre no cita, sino al dolor del olvido que todo se lo traga, que lo fagocita como si fuera un agujero negro de esos que dibujan nuestro universo, uno de esos al que igual también pertenecemos nosotros.

Harutyunyan escribe en armenio y después procura

traducir al castellano. No domina el idioma pero busca que los versos no pierdan los ecos de su lengua, la belleza de saber y querer contar la vida. Claro que a pesar de ese intento este proceso seguramente supone una pérdida de intensidad, de poesía, de sensibilidad y de sentimientos. Nada mejor que la lengua materna para escribir en verso. Los suyos son el relato que el tiempo se quiere tragar: la sutileza y la belleza de la infancia, el correr de los días, la vida apegada a la tierra y la ausencia definitiva y desnuda cuando vivir se vuelve imposible. Las referencias exactas, puntuales, el recuerdo de las sonrisas ya difuminándose, la contemplación de las flores del árbol de la lila que daba sombra y florecía en el patio junto con sus sueños, la alegría de los juegos inocentes en la calle mientras esperaban el pan, la miel y la mantequilla que llegaban a la mesa, junto con la leche reciente de la vaca, al amanecer. Todo se hace poesía para que no se lo lleve el viento. Todo lo que se perdió para siempre un día aciago de noviembre de 2015 cuando el otoño puso fin a mucho de lo que tanto quiso. Solo la canción del pasado, que vivieron juntos, permanece triste y tierna en el interior del poeta, que ha visto sufrir a su hermana en el hospital, con la terrible sensación del hombre que nada puede hacer ante la adversidad cuando «ese dolor ya no tiene nombre». Para entonces solo le queda la ausencia dibujada en la tarde en la que empieza a escasear la sombra del cerezo y las golondrinas dejan de volar a su balcón y al patio en el que ya tampoco llega el sabroso olor de la cocina cercana. Es, en la sala de hospital, la fe del enfermo frente a la realidad de cuidador que ve más allá, que ya mira hacia esa otra orilla «donde no florece ni una flor». Es esa la lucha de vivir.

Tienen estos versos ecos de sinceridad y de rabia, la propia de la nostalgia, la necesaria cuando el hombre se enfrenta a la cruda realidad y «la cesta de los días está llena con la tristeza», como afirma en el poema «Crucificado al

dolor» en el que la contestación ante Dios, la certeza del incrédulo, se enfrenta al todopoderoso, sabedor que la persona que sí creía, que nunca perdió la esperanza, ya es tierra de la tierra. Y eso es un dolor intenso e incomprensible. Pero la vida es así y tiene la crudeza injustificable para quien no alcanza a comprenderla. O no quiere hacerlo, de la misma manera que Dios no se entretiene en hacer milagros.

Hay en esta poesía el recuerdo de lo cotidiano, de las experiencias que han forjado la vida del caminante que es nuestro poeta y que reconoce que se han ido como se fue su hermana: «te sientas a mi frente, yo te llenaba el vaso con zumo y tú me acercabas el pan y el queso. Sonríes y empiezas a contar lo que has aprendido...». Es la sutileza de la sencillez. Nada es impostado. El relato poético se enhebra sobre los días. No hay pretensiones estilísticas. Solo subsiste el deseo de contar, de homenajear a los ausentes, de revivir el amor que se profesaban, de impedir que el viento deshaga los recuerdos, de rememorar los baches que se salvaron, de hacer visible el camino, de evitar —como en la vieja fábula— perderse en la noche. La misma noche que un día lo cubre todo con su manto negro de luto mientras la lluvia traía con ella la muerte.

Desnudo dolor es un manual cotidiano de la nostalgia, del corazón herido, del duelo, del sentimiento fagocitado por la ausencia del ser querido: «Me falta ahora una única hermana, / un hogar donde la luz esté encendida». Pero está también muy presente la pérdida de la patria, de la tierra a la que pertenece y en la que fue feliz. Los versos siguen el curso de las estaciones, de los meses duros, del invierno en Armenia.

Miro a mí mismo, piso el suelo mojado
y me parece que me miran los carteles de las tiendas,
la misma sombra de mi cuerpo, las puertas cerradas [...]

Todo sirve al poeta para mirar dentro, para buscar a la hermana ausente, para buscarse, para adentrarse en el tiempo que se fue, en el que quiere mantener viva la esperanza presente o futura de la primavera en la que «lejos de cualquier sospecha», de la enfermedad fatal, florecía la luz. Solo la poesía es a veces un antídoto frente a la muerte, solo los versos pueden sentar junto a ti a quien ya no está y conversar con la realidad de lo imposible, de ese espacio que escapa a la razón mientras recita sus poemas junto a la cama de hospital en la que yacen la ilusión y la lucha por la vida.

Pero nada de eso en ocasiones es suficiente. Por eso hay entre los versos de Harutyun esa duda que subsiste en tantos de nosotros sobre la fe. ¿Para qué sirve cuando la noche se lo va tragando todo? ¿Es quizás el anhelo de volver a empezar lo que nos lleva, lo que lleva al escritor a reflexionar de manera permanente, verso a verso, sobre lo que ya no será nunca? La permanencia del recuerdo, tan sutilmente regalada en el poema «La luz ya no entra» establece un puente entre lo cotidiano y lo trascendente, entre la ventana que se resiste al viento y las paredes blancas en las que permanecen las últimas ilusiones. Pero hay, a pesar del deseo de mantenerlo todo vivo, la certeza de que el olvido es imparable, invencible acaso.

Esto es lo que tengo y nada es alegre.
Llegarán otros días y tardes templadas
pero tu sombra no encontraré marcada en la tierra.
Las lluvias, los días, las noches, las luces
y el sol borrarán las huellas de tu vida [...]

Esa es la realidad a la que termina aferrándose el poeta. No es fácil ese entendimiento, pero es el único sendero que llega a la necesidad de permanecer agarrado a la vida. Los recuerdos pueden ser un tesoro, pero sin duda está también la necesidad de abrir la ventana y comprender que la vida

y la muerte son un todo que hace posible este tránsito ya antiguo por esta tierra que se va doliendo de nuestras impertinencias. Pero no hay respuestas o las que llegan están en el viento. La vida y la muerte se repiten y el escritor se resiste, aunque asume que ya nada será lo mismo.

No hay adiós, hermana, aunque no me contestes.
Te diré lo mismo como antes —hasta pronto.
Cae la noche enésima del mármol oscuro.
Se rompe la taza de la luna y se alumbra tu tumba.
Aunque no me hables, no me contestes, es lo mismo.
Nadie borraré nuestra infancia, si estoy vivo.

A partir de ahí solo queda la sensación de impotencia, la certeza de que la oscuridad lo cruzará todo, que se convierte en poesía y que se hará legible en *Desnudo dolor*.

*Manuel Bernal Romero,
El Puerto de Santa María, agosto de 2024*

Fragmentos de nuestras infancias



Aún era desconocido

Hace tiempo los años eran dorados y muy hermosos.
Éramos niños mi hermana y yo.
El día a media mañana parecía un pétalo transparente.
No solo era hermosa la mañana, sino que eran bonitas
y transparentes nuestras almas y nuestros sueños.
La luz y la alegría de los días estaban en el patio.
Los rayos del sol penetraban en las piedras.
¡Qué tiempos!
La sombra de las aristas de la casa era larga y oscura.

Cuando no había clases nos entregábamos a los juegos y
nadie,
nadie, nos podía quitar de la calle.
En la tierra, con tiza, dibujábamos rectangulares casillas
y tirábamos la piedra y saltábamos a llegar lejos.
Corríamos por el huerto como locos pisando las matas,
lo que no perdonaban nuestros padres.
Con otros niños tirábamos la cuerda y mostrábamos
nuestra fuerza.
Y así sucesivamente,
jugábamos cuando no había clases y había sol en la calle.

Mi hermana tenía menos años que yo,
pero estaba dispuesta a participar casi en todos los juegos.
Lejos, muy lejos, están las cosas de ahora de aquel tiempo.
En aquel momento nos parecía el sueño de la vida una
mariposa sobre una amapola.
Los días estaban llenos de vida.
Aquel tiempo ya no existe y ya no somos niños.
La vida nos hizo crecer y el fallecimiento de mi hermana
me hizo testigo de todo lo vivido.

Hermana, no tenías que irte, tenías que quedarte y seguir
jugando...

Desayuno

Los días del colegio ya han llegado.
Hemos estado esperando inquietos
porque el día primero de septiembre es un día especial.
Hay que resolver el asunto de los libros sin tardanza.

Teníamos mi hermana y yo el mismo temperamento,
el mismo alma de estudiar.
Me preocupaban sus dificultades en algunas asignaturas,
en los exámenes.
Le preocupaba mi soberbia en el colegio de vez en cuando.
En su delicado cuerpo de niña se guardaba mucha fuerza.

Nuestro padre nos contemplaba con la misma mirada,
aunque en algunos momentos la trataba con la ternura de
la hija única.
Pero nos daba los mismos consejos siempre.
Y nos mandaba cariñosamente a dormir con palabras
dulces.

Mi padre se despertaba antes de amanecer.
Nos esperaba hasta que despertábamos
y él, en la luz tenue de la cocina, preparaba el exquisito
desayuno para los dos:
el pan, la miel, la mantequilla y la leche de nuestra vaca...
Y así siempre.
Y así nos mandaba con consejos de sabio al colegio.

Pero este de ahora es un tiempo diferente.
La muerte de ella me ha hecho mirar la vida de otro modo,
quizá no la he podido entender antes.

Ahora solo yo soy el testigo,
solo yo mantengo los recuerdos de nuestra infancia.